

salvajes; muchas veces escuchaban, miraban en silencio; otras un murmullo terrible, un rugido sordo, como el estremecimiento de un terremoto, salía de la multitud. Muchos hablaban y gritaban, pero los más



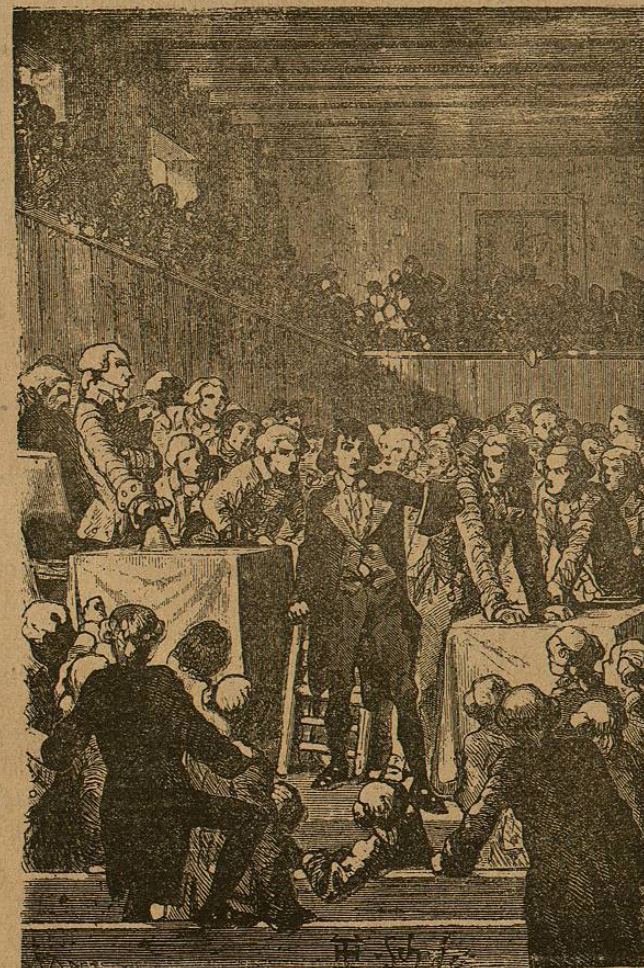
Quando llegaron las columnas, el pueblo había conseguido poco  
(Pág. 146)

estaban aturdidos por la novedad del espectáculo. Los rumores, las voces, las noticias, las alarmas, las cartas detenidas, los descubrimientos falsos ó verdaderos, tantos secretos revelados, tantos hombres llevados ante el tribunal, obscurecían el espíritu y la razón. Uno de los electores decía: «¿No es este el Juicio final?...» El aturdimiento había llegado á tal grado, que todo se había olvidado: el preboste y la Bastilla.

Eran las cinco y media. Un inmenso grito estalla en la plaza del Hotel de Ville, en la Grève; luego un clamoreo que viene de lejos, que

avanza y se acerca con la rapidez de la tempestad... ¡La Bastilla ha sido tomada!

En la sala, ya llena, entran de una vez mil hombres y diez mil em-



El preboste y los electores permanecían en la sala de San Juan entre la vida y la muerte. (Pág. 147)

pujan detrás de ellos. El suelo tiembla, los bancos ruedan, la verja es empujada hasta la mesa del presidente.

Todos vienen armados, unos casi desnudos; otros vestidos con retazos de todos colores. Un hombre era llevado en un millón y coronado de laureles; era Elie; le rodeaban todos los prisioneros. A la cabeza, en medio del inmenso ruido, en que no se hubiera escuchado un cañonazo, marchaba un joven en actitud de religioso recogimiento; llevaba clavada en su bayoneta una cosa impía, tres veces maldita, el reglamento de la Bas-

tilla. También llevaban las llaves monstruosas, innobles, groseras, usadas por los siglos y por los dolores de los hombres. La casualidad ó la Providencia quiso que fuesen á parar á manos de un hombre que las conocía demasiado, á un antiguo prisionero. La Asamblea nacional coloca en sus archivos estas viejas máquinas de los tiranos, al lado de las leyes que destruyeron la tiranía. Todavía hoy conservamos las llaves en el armario de hierro de los archivos de Francia... ¡Ah! ¡Si pudieran encerrarse en la misma vitrina las llaves de todas las Bastillas del mundo!

La Bastilla, forzoso es reconocerlo, no fué tomada; se entregó ella, turbada, enloquecida por la conciencia de su maldad.

Allá dentro, unos querían que se rindiera; otros seguían disparando, sobre todo los suizos, que durante cinco horas, sin riesgo ni temor alguno, se divertieron escogiendo y apuntando bien á las víctimas que querían. Allí mataron ochenta y tres hombres é hirieron á ochenta y ocho. Veinte de los muertos eran pobres padres de familia que dejaron mujeres é hijos, condenados á morir de hambre.

La vergüenza de aquella guerra sin riesgo y el horror de ver derramada sangre francesa por los suizos, que la odiaban, acabaron por hacer caer las armas de los inválidos. Los suboficiales, á las cuatro, rogaron, suplicaron á de Launay que pusiera término á aquellos asesinatos. El gobernador sabía cuál era su destino y lo que merecía. Pensaba sólo en morir matando. Un momento tuvo una idea horriblemente feroz; volar la Bastilla; hubiera destruido un tercio de París. Sus ciento treinta y cinco barriles de pólvora hubieran lanzado á los aires, deshecha en pedazos, la inmensa mole de la Bastilla y al caer las piedras hubieran arrasado todo el barrio, todo el Marais y todo el arrabal del Arsenal... Tomó la mecha de un cañón. Dos oficiales impidieron el crimen; cruzaron sus aceros y le impidieron la entrada en el depósito de la pólvora. Entonces intentó suicidarse y desenvainó un cuchillo, que le fué arrebatado.

Estaba trastornado y no podía dar órdenes (1). Cuando los guardias franceses colocaron en batería sus cañones y disparado (según algunos), el capitán de los suizos comprendió que era necesario entregarse; escribió y envió un mensaje (2) en que se pedía salir de la fortaleza con los honores de guerra.—Negativa.—Después pidió que se respetara la vida de los sitiados.—Hullin y Elie lo prometieron.

La dificultad estaba en hacer respetar la promesa. ¿Quién podía impedir una venganza deseada desde hacía tantos siglos, irritada ahora con tantos asesinatos como acababa de hacer la Bastilla...? Una autoridad que tenía una hora de existencia, surgida en la Grève y que apenas era conocida por más de dos grupos que peleaban en la vanguardia, no era suficiente para contener á los cien mil hombres que la seguían.

La multitud estaba ciega, orgullosa de su mortandad misma. En la

(1) Desde la mañana, según testimonio de Thuriot.

(2) Para tomar el mensaje se colocó una plancha de madera sobre el foso. El primero que se atrevió á pasar cayó; el segundo, que fué Maillard, fué más afortunado y recogió la carta.

plaza no mata más que á un hombre; mira con desdén á los suizos á quienes toma por prisioneros ó por criados y hiere y maltrata á sus amigos los inválidos. Hubiera querido poder exterminar la Bastilla; rompe á pedradas los dos esclavos del reloj; sube á las torres para insultar á los cañones; muchos se agarran á las piedras, ensangrentándose las manos por querer arrancarlas. Bajan rápidamente á los calabozos para librar á los prisioneros; dos se habían vuelto locos. Uno, asustado del ruido, quería defenderse; quedóse sorprendido cuando los que abrieron la puerta de su encierro se arrojaron en sus brazos, mojándole el rostro con sus lágrimas. Otro, que tenía una barba hasta la cintura, preguntó cómo se portaba Luis XV; creía que reinaba todavía. A los que le preguntaron su nombre respondió que se llamaba el Mayor de la Inmensidad.

Los vencedores no habían concluido; en la calle de San Antonio sostenían otro combate. Avanzando hacia la Grève encontraron algunos grupos de hombres que, no habiendo tomado parte en el combate, querían hacer algo, asesinar á los prisioneros cuando menos. Uno de ellos quedó muerto en la calle de Jourellos, otro en el arrabal. Algunas mujeres, desgredadas, que acababan de reconocer á sus maridos entre los muertos de la Bastilla, corrían detrás de los asesinos; una de ellas, loca de dolor, pedía á todo el mundo que le diesen un cuchillo.

De Launay era llevado, sostenido y defendido en este gran peligro por dos hombres de corazón y de una fuerza poco común: Hullin y otro. Conducir á aquel hombre de la Bastilla á la Grève, que estaba tan cerca, no era obra menor que los doce trabajos de Hércules. No sabiendo ya cómo defenderle y viendo que la gente conocía á Launay solamente en que iba sin sombrero, tuvo la idea heroica de ponerle el suyo, recibiendo en aquel momento los golpes que á Launay iban dirigidos (1). Llegó en fin al pórtico de San Juan; si conseguía lanzarle en la escalera, todo había concluido. La multitud lo comprendió é hizo un furioso esfuerzo. La fuerza de gigante que Hullin había desplegado no le sirvió entonces de nada. Estrujado por aquella enorme boa que la masa formaba alrededor de él, apretándole, perdió tierra y fué empujado de uno á otro lado hasta caer al suelo. Se levantó dos veces. A la segunda vió en el aire, clavada en una pica, la cabeza de Launay.

Otra escena se desarrollaba en la sala de San Juan. Los prisioneros estaban allí en gran peligro de muerte; la multitud se encarnizaba, sobre todo contra tres inválidos, en quienes creía reconocer á los artille-

(1) La tradición realista, que tiene la difícil preocupación de hacer interesantes á los hombres menos interesantes, ha querido hacer creer que de Launay, más heroico aún que Hullin, le había devuelto el sombrero, volviendo á colocárselo en la cabeza, prefiriendo perecer á exponerlo á morir. La misma tradición obsequia con el mismo hecho, algunos días después, á Berthier, el intendente de París. Se cuenta también que el Mayor de la Bastilla, reconocido y defendido en la Grève por uno de sus antiguos prisioneros, á quien había tratado con cariño, le alejó de sí diciéndole: «Os perdéis vos sin salvarme.» Este último relato da idea de los otros dos. Los precedentes de de Launay y Berthier, no ofrecen nada que pueda hacer creer en el heroísmo de sus últimos momentos. El silencio de la biografía Michaud, en el artículo sobre de Launay, redactado con informes facilitados por su propia familia, prueba que ella misma no creía en esta tradición.

ros de la Bastilla; uno estaba herido; el comandante de La Salle, haciendo increíbles esfuerzos, invocando su título de comandante, logró salvarle; mientras lo llevaba fuera, los otros dos fueron arrastrados y colgados en el farol del rincón de la Vannerie, frente al Hotel de Ville.

Este gran movimiento, que parecía haber hecho olvidar á Fleselles, fué, sin embargo, lo que le perdió. Sus implacables acusadores del Palais-Royal, descontentos de ver á la multitud ocupándose de otras cosas, se mantenían cerca de su mesa, le amenazaban, le invitaban á seguirles... Concluyó por ceder, acaso porque una espera tan larga de la muerte le pareciera peor que la muerte misma, ó porque confiaba poder escapar en la universal preocupación del gran suceso del día. «Pues bien, señores—dijo,—vamos al Palais-Royal.» No había llegado al portal, cuando un joven le deshizo la cabeza de un pistoletazo.

La masa del pueblo, acumulada en la sala, no pedía más sangre; la veía correr con estupor, dice un testigo ocular. Miraba con la boca abierta este prodigioso espectáculo, extraordinario, capaz de volver loco al más fuerte y sereno. Las armas de la Edad Media, de todas las edades, se confundían allí; los siglos estaban presentes. Elie, subido sobre una mesa, con el casco en la cabeza, su enorme espada en la mano, parecía un guerrero romano. Estaba rodeado de prisioneros y pedía gracia para ellos. Los guardias franceses pedían por única recompensa el perdón de los prisioneros. En este momento la multitud se apodera de un hombre seguido de su mujer: era el príncipe de Montbarey, exministro. La mujer se desmayó; el hombre es arrajado encima de la mesa, sostenido por doce hombres con el cuerpo doblado... El pobre diablo, en esta rara actitud, explicó que no era ministro desde hacía mucho tiempo, que su hijo había tomado gran parte en la revolución de su provincia... El comandante de La Salle habla en su favor exponiéndose mucho. Los hombres que le habían apresado no querían soltarle; pero La Salle que era más fuerte, coge al desgraciado y le pone de pié... Este rasgo de fuerza gusta al pueblo y aplaude...

En aquel mismo momento el bravo y excelente Elie encuentra medio de concluir de un golpe con todo proceso y todo juicio. Vió á los niños de servicio en la Bastilla, que eran conducidos á la sala y se puso á gritar: «¡Perdón para los niños! ¡Perdón!»

Hubierais visto entonces los rostros y las manos ennegrecidas por la pólvora y el humo comenzarse á lavar con gruesas lágrimas, como caen después de la tempestad gruesas gotas de lluvia... Ya no se hizo más justicia ni venganza. El tribunal había sido destruído. Elie había vencido á los vencedores de la Bastilla. Hicieron jurar á los prisioneros fidelidad á la nación y los dejaron libres; los inválidos se fueron tranquilamente á su hotel; los guardias franceses se apoderaron de los suizos y los llevaron, según su rango, á sus propias casas, donde los alojaron y alimentaron.

Las viudas, ¡hecho admirable!, se mostraron también magnánimas.

Indigentes y cargadas de hijos, no quisieron recibir solas una modesta cantidad que les fué repartida; hicieron también entrar en el reparto á la viuda de un pobre inválido que había contribuído á impedir la explosión de la pólvora de la Bastilla y que fué muerto por error. La mujer del sitiado fué protegida por las mujeres de los sitiadores.

